

DOCUMENTO 1

Desafío
MIQUEAS

Los profetas, concientizadores de la injusticia

Quizás lo primero que se nos venga a la mente cuando hablamos de un profeta es la imagen de un personaje con aspecto misterioso que sospechamos posee la sobrenatural capacidad de predecir acontecimientos en el futuro. De hecho en la historia de la humanidad repetidamente se le ha atribuido este título a gente que ostenta (o ha fanfarroneado tener) estas virtudes. Entonces, no resulta nada raro, que la mayoría de nosotros hayamos asumido que estas son las únicas "ocupaciones laborales" del profeta. Sin embargo, cuando las Escrituras nos hablan sobre estos personajes, nos podemos dar cuenta de que el concepto y su práctica vocacional va mucho más allá de sólo presagiar acontecimientos del futuro humanamente imprevisibles.

Sustentados en la certeza de que Dios los ha llamado, los profetas de Israel, protestan angustiados contra la hipocresía de una fe de apariencias y formalidades. Denuncian el vínculo entre la corrupción de sus creencias y la corrupción moral de la nación. Condenan las injusticias sociales de quienes tienen poder económico y político. Resguardan los derechos de los pobres sometidos a agravios que ofenden al mismo Dios. Y es sólo entonces, que como consecuencia de estos pecados personales y sociales, los profetas advertirán las terribles secuelas de estas perversiones. Ellos son los portavoces de Dios en medio de las circunstancias en que les toca vivir, iluminando, denunciando y, aunque parezca difícil de entender después de todo lo terrible que ellos revelan, también suscitando esperanza.

Es por eso que, a lo largo de la memoria de la salvación, los profetas han desempeñado un papel fundamental. Ellos son un punto de referencia decisivo para el pueblo de Dios en las épocas más difíciles de su historia. Y es que, el mensaje del que son portavoces no proviene de si mismos sino de Dios; quien a través de ellos no deja de hablar a su pueblo, confrontándolos a ver más allá de lo evidente. Los profetas de los que tenemos testimonio en la Palabra, aparecen entre los siglos VIII y II a.C. Todos alumbrando la historia en medio de situaciones de corrupción asolapada, advirtiendo sin titubear los tiempos en los que viven, leyendo estos acontecimientos a la luz del peregrinaje de su pueblo pero también a la luz de una fe tenaz que los hace seguir siendo la "boca de Dios" en medio de incomprendiones y persecuciones.

Uno de estos hombres de proclama encendida fue Miqueas; y, aunque su vida y sus dichos sean hoy muy poco conocidos entre los creyentes, su aversión tenaz al pecado, en cualquiera de sus formas, le valió ser el gestor de un texto considerado como uno de los oráculos más duros que se pronunciaron en todo el Antiguo Testamento.

A primera vista, se podría argumentar que esta dureza tendría su origen en la condición de campesino de Miqueas; enfrentado ya de por si a cualquier proyecto social que nazca fuera de su espacio. Sin embargo, lo que argumenta el profeta Miqueas no está fundamentado en una "rabieta del campo contra la ciudad", sino en su capacidad para señalar lúcidamente, mas allá de las formas exteriores de riqueza y progreso, cual es el verdadero costo de tanto apogeo: la injusticia infringida a los pobres en trabajos forzados no remunerados para edificar las fastuosas edificaciones de Jerusalén y los tributos excesivos a los que se los somete para mantener el brillo de la capital.

Su oráculo no es una simple crítica contra el régimen, no se trata de una denuncia administrativa sobre malversación de fondos o corrupción en el poder; Miqueas no pretende quedarse en ser un analista político de su tiempo. Lo que el profeta señala incesantemente, es la distorsión de la integridad conectada con una vivencia cínica de la fe. No basta cumplir ritos religiosos, ni embellecer el centro de culto a Dios; Jerusalén se ha corrompido en sus rituales y el pudrimiento va desde lo político-social hasta las esferas religiosas (Miqueas 3: 9 -11).

Miqueas fiscaliza las posturas de los ricos que acumulan viciosamente la tierra que le pertenece a los pobres. La codicia de las clases más ricas trampea una economía latifundista que despoja a los pequeños campesinos de sus propiedades arrinconándolos a la pobreza y la exclusión. Según Miqueas esto es una conspiración maligna. Es por eso que el profeta no se reprime en calificar estos hechos como perversidades e iniquidades contra Dios (Miqueas 21:2).

Miqueas es un contemporáneo de Isaías, y aunque no dejó una colección tan abundante de textos como este, su ministerio marcó una profunda huella en Jerusalén (Jeremías 26: 18-19). Sus palabras claras y concretas, y su amor hacia los humildes y pequeños, nos dejan todo un modelo de profeta que junto a la predicación del castigo contra el pueblo pervertido, también trae consigo la esperanza de la restauración voceando la llegada del Mesías (Miqueas 5:1-3, que citará luego Mateo 2:6).

Por su agudeza en describir y denunciar la situación de su pueblo, pero además por su capacidad de generar una esperanza confiable y verdadera, el nombre del profeta Miqueas se ha tomado para identificar la campaña global que la iglesia evangélica ha iniciado con la finalidad de concientizar y colaborar con los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) propuestos por la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

A lo largo de la historia, la labor profética ha rebalsado muchas veces las fronteras del pueblo de Dios. Y es que cuando Él quiere hablar de su justicia a la humanidad, no excluye a nadie: a Dios le preocupa y ocupa "toda la creación". Existe mucha gente común y corriente, que siente y sabe que en las sociedades en las que vivimos persisten situaciones injustas que todos generamos de alguna forma, o que al menos permitimos que se den al no involucramos en su solución. Mucha de esta gente no se ha quedado pasiva en su reflexión, sino que ha actuado con trabajo y responsabilidad a favor de la vida.

Tal es así, que en el año 2000 durante una reunión organizada por las naciones Unidas denominada la Cumbre del milenio, la compleja y caótica situación que se describió de nuestro mundo dejaba sólo 2 alternativas: pasar de largo con indiferencia o asumir que había algo por hacer en conjunto. Los representantes de 190 países ahí presentes optaron valerosamente por la segunda opción. Sobrepassando todo pronóstico mezquino, los gobiernos de las naciones del mundo no se limitaron a firmar una declaración, si no que asumieron 8 objetivos específicos (los llamados Objetivos de Desarrollo del Milenio), con 18 metas y 48 indicadores que no darían opción a que lo acordado quedara sólo en el papel.

Reducir la pobreza mundial a la mitad para el 2015 es el tema eje planteado en los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM). Estos, han abordado con firmeza la problemática de la pobreza vista desde la educación, la salud, la igualdad de oportunidades sin distinción de género y el desarrollo ambiental sostenible; gestándose de esta manera, por primera vez, una organización mundial para el desarrollo desde los gobiernos.

A pesar de la oportunidad que nos dan los ODM, es necesario reconocer que la situación que nos toca afrontar no es sencilla. Hablar de pobreza y de hambre no es un tema extraño para el mundo y menos para América Latina. El inconveniente mas severo que combatimos cuando abordamos este binomio es el de la desnutrición crónica. 1 de cada 5 niños en América Latina padecen de enanismo nutricional, es decir que sólo están consumiendo nutrientes para mantenerse vivos y por eso el daño que sufren a nivel físico e intelectual es irreversible.

A la par de esto, las organizaciones gubernamentales creadas hace una década para proteger el medio ambiente no han continuado sus labores por falta de recursos. Los indicadores de deterioro ambiental en América Latina siguen aumentando. Los índices de desempleo, sub-empleo o empleo desprotegido, se han acrecentado raudamente. Hoy en día, 7 de cada 10 puestos de trabajo en las zonas urbanas son informales.

Y es que si somos escrupulosos, los verdaderos problemas detrás de esta realidad son los de la equi-

dad en la distribución del ingreso y la corrupción instalada en nuestras instituciones públicas y gobiernos. Estos patrones estructurales de fondo son dos pecados fuertes que vez tras vez denunciaron los profetas en las Escrituras: la codicia y la corrupción moral.

La discriminación, la explotación, el lucro desmedido y el consumismo que depreda son antivalores del reino de Dios contra los que debemos ejercer una lucha frontal. Es por eso que los Objetivos de Desarrollo del Milenio incluyen a TODOS en el esfuerzo por impulsar su realización, sin importar el lugar donde nos encontremos.

Comprometerse desde la fe con causas como estas implica conocer a Dios. Al Dios que nos ha dado vida en abundancia para que invitemos a otros a vivirla. Cuando reducimos este llamado a una experiencia mística desconectada de la realidad entonces estamos "desconociendo" a Dios. El evangelio leído fuera de su historia y fuera de nuestra situación, trae formas "fáciles" de creer que conocemos a Dios.

Es por eso que la vocación de la iglesia evangélica de ser luz y sal de la tierra tiene que ver con su rol profético. Pero el ser llamados por Dios como sus profetas no es tan agradable como podríamos imaginar; según todos los casos que hemos visto Él irrumpe en la vida de la gente en medio de sus ocupaciones, cuestiona sus formas de entenderlo, los saca del cómodo tránsito que seguían y los convoca a pesar de sus limitaciones y objeciones.

La mayoría de los creyentes hemos esperado ansiosamente un llamado *especial* de parte de Dios para saber qué quiere Él de nosotros. Lamentablemente, casi nunca aparecen fuegos artificiales desde el cielo señalándonos qué hacer, ni llegamos a sostener una larga conversación en la que escuchemos su voz claramente diciéndonos qué espera de nosotros. Entonces nos quedamos conformes, pensando que seguramente no debemos estar llamados a nada *especial*.

Lo que sucede es que Dios mismo ya hizo un llamado a todos, ya nos habló a través de la vida de Jesús, quien nos dijo y nos mostró repetidamente en qué consistía su reino. Los hechos más relevantes del tiempo en el que estuvo en medio nuestro quedaron registrados de manera escrita en los textos bíblicos a los que todos nosotros tenemos acceso; la Biblia.

Sí, la Palabra de Dios grita nuestro llamado, las miserias que suceden a nuestro alrededor nos convocan día a día a hacer algo. Sólo hace falta un reconocimiento del triste escenario en el que deambula la humanidad y no una simple inspección para recoger datos. Siendo comunidad reunida por Dios, tenemos la necesidad de hacer una revisión sincera de nuestro testimonio en el mundo, para entender hasta qué punto nuestro silencio nos ha hecho cómplices del sistema infrahumano en el vivimos.

Ser profeta según la Palabra es, como diría Severino Croatto, ser un concientizador. La voz profética de la Iglesia del Señor puede, hoy en día, resonar con la misma potencia pero también con nuevas expresiones hasta desencadenar las señales de vida que necesitamos proclamar. El espacio de los ODM es una oportunidad para que la iglesia cumpla su rol profético en estos tiempos.

Los materiales del taller que vamos a desarrollar a continuación están destinados a entender este llamado y a animarnos como iglesia a un compromiso con los Objetivos de Desarrollo del Milenio en una campaña que se ha denominado **Desafío Miqueas**, en lealtad a este profeta que nos invita a tomar en serio nuestro llamado de denuncia y de acción en favor de la vida diciendo:

*qué pide Jehová de ti:
solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.*

Es mi deseo que este taller pueda convocarnos a ello.

Documento elaborado por:
érika izquierdo paiva